

Ya tenía el amante de Piedad una pequeña montaña de oro.

Hacia largo rato que había cubierto con cifras, que llamaremos positivas ó existentes, todo su presupuesto.

Solo habían salido dos reyes.

Salió á poco rato el tercero, y Antonio, afectando una calma perfectamente natural y aproximando al naípe real todo cuanto poseía delante, dijo:

— ¡Va todo al rey!

El círculo de tahures se fijó íntegro en nuestro jóven, y Máximo llevó las manos á la frente con expresion desesperada y murmurando:

— Ah!..... bandido, vas á *desmontar!*.....

Y salió de allí violentamente.

CAPÍTULO XVIII.

UN AMOR DE LO ANTIGUO.

CXVII.

En todo sentido y de todas maneras puede decirse que nos quedan vestigios de las edades que pasarón.

Si esto no fuera cierto, los anticuarios y los arqueólogos serian unos locos muy divertidos.

El polvo del pasado suele traernos perfumes poco del gusto de la multitud; pero como nada hay nuevo bajo el sol, preciso será aceptar aquello de que los extremos se tocan, aceptando lo nuevo en lo viejo.

¿Queréis algo bueno y original?

Bien, ¡resucitadlo!

Nosotros solemos hallar capullos nacientes de rosa entre el polvo de los siglos, y creemos que hallamos cabellos blancos en lo que nació ayer.

El protagonista de esta historia (que lo es, podemos asegurarlo) padecía el mismo mal.

Y á fé que un anacronismo *inventado* en el siglo XIX, y si este anacronismo es de carne y hueso, viene á remolcar al

mundo una existencia—catástrofe, grave y punible como un pecado.

La sociedad condena al anacronismo á morir de hambre sin hacer nada, y mas tarde inyecta el cadáver, le llena de flores, y bajo una auréola de no sabemos qué luz, le pone para siempre detrás de los aparadores de un museo.

La gloria humana es una *tarjeta* colocada al pié de una momia.....

CXVIII.

El fondo del carácter de nuestro Antonio cuando aun era niño y estudiante, puede explicarse con aquello que nos dice Horacio:

Atque inter sylvas Academi qucerere verum.

Hubiera aprendido cuanto le hubieran enseñado, paseando en los jardines de Cerámico cerca de Atenas, y no pudo *hacer letra* en el colegio perfectamente urbano de***

Platon hubiera sacado allí *partido* de nuestro jóven, y no pudo sacarlo en México ninguno de los célebres doctores y de los eminentes sabios bajo cuya direcccion estuvo.

Si hubiera existido un *Cimon* que se hubiese encargado de embellecerle su colegio con árboles, arroyos y flores, nuestro protagonista, eterno soñador de cosas tan bellas como imposibles, hubiera descubierto á Helena en un arranque de su loca imaginacion, y Diógenes Laertio nos le trajera en su *Vita Platonis*.....

Una ocasion descubrió, no sabemos cómo, una hermosa copia de la hermosísima Venus de Praxiteles, y exclamó lleno de entusiasmo:

—¡Oh Phryné, tú me hubieras amado!.....

Sócrates y Pericles le hubieran hecho sabio bajo la influencia del talento y de la hermosura de la Aspasia de Mileto.

La Aspasia, hija de Hermótimo, le hubiera hecho un santo.

Pero nuestro Antonio nació en el año 1834 de J. C. y no el año 1º de la CIV Olimpiada, es decir, 364 años de su Divina Majestad.

Y en consecuencia, no amó á ninguna de ambas Aspasias, sino pura y simplemente á Eugenia.

No era, por otra parte, un raudal de fuego abrasador.

Si hubiera hallado en medio de su camino á la poetisa de «los siete carbones encendidos,» á la amante de Phaon, á la beldad de Lesbos ó de Mitilene, le hubiera dicho sin remedio:

— «¡No sea vd. tan exagerada!.....»

Y hubiera guardado en una elegante caja, con mas esmero aún que Dionisio de Halicarnasso y el *Rethórico Longino*, la «Oda á Vénus» dejada por la viuda del *Androita*.

Nada mas.

¡Pero Eugenia!

¡Esa adorable Eugenia, toda corazon, toda sentimiento y ternura!

¡Eugenia, que poseia la doble belleza del alma y del cuerpo, vestal conservadora del fuego divino, sacerdotisa eterna del amor, ángel adorador de todo lo grande y de todo lo bello!

Eugenia habia impreso un *stigma* de fuego en el corazon de su amante, y Antonio comprendió que la habia amado y que la amaba *predestinadamente*.

La amaba mucho mas de lo que creia, pues que la amaba hasta la desesperacion, y era en su amor una de esas grandezas del alma que se llaman «amores sin esperanza.»

El *cuchitril* de nuestro amigo estaba purificado.

Cada noche, al llamar al sueño, el sueño se le tornaba en sueños.

Caía sobre su frente dormida una lluvia de rosas pálidas que el cielo le enviaba como símbolo de amores secretos y puros.

Aquel soñador loco y profano llegó á buscar los nombres más bellos de las cosas más santas, y alguna vez pronunciaron sus labios la palabra

Virtud.

El amor puro, y que vuela libre, grande y hermoso sobre las exigencias de los sentidos, jamás disputa el nombre de su objeto.

El que ama bien, interpela desde el fondo del corazón á su amor, llamándole indistintamente «ángel,» «esposa,» ó dios; y Antonio creía que Eugenia estaba

«En el cielo, en la tierra y en todo lugar.»

Cuando sentía sublevarse lo que todos tenemos de artistas cuando amamos, y recordaba el bellissimo seno de la muchacha, sus diminutas manos y sus lindos piés, hubiera querido levantar «mano airada» contra sí mismo, ofendido de ser hombre.

El pudor, hemos creído siempre, es el deseo reprimido.

El pudor es la fuerza.

Engalanad al deseo con los diáfanos velos de la idealidad, y tendreis el poema de la creacion.

Buscad el paraíso, pero amaos.

El paraíso es el misterio.

Eva, temblando de tímido placer bajo las caricias de su amante, desnuda, circuida por todas partes de violetas y madre selvas; Eva, así, es casta, es sublime, es inocente hasta donde puede apetecerse.

Una coqueta maligna y pervertida puede en un segundo hacer un Vesubio del corazón de un niño ó de un ángel, y aquel amor será el infierno.

La mujer que comprenda su misión y se haga digna del amor, sabrá hacer de su amante un manso arroyo, y toda se abrirá como las flores para recibir las caricias de sus diáfanos cristales.

El hechicero cuerpo de Eugenia estaba vestido, y solo podía comprenderse toda su belleza teniendo que adivinarla.

Su alma estaba desnuda.

Sin embargo, era más bella su alma que su cuerpo.....

CXIX.

Habia notado algo de humillante, de bajo, de pequeño en el verdadero valor de las frases de aquella carta suscrita por A***

— «¡Qué niño, qué loco ó qué imbécil!» — habia dicho con impaciencia.

«¡Dástima de muchacho!..... Se comprende bien que vive humillado y que ha tenido que sufrir demasiado en su vida!.....

«Cree sin duda que deseo casarme, que tengo necesidad de algo, y me anticipa que teme amarme porque no tiene nada.

«¡Vaya una ofensa amorosa que me obliga á perdonarle por mi dignidad y que nunca le perdonaría mi corazón!.....

«Pues señor!.... Yo no tengo en qué ocupar á vd.» — añadió en su monólogo y suponiendo que hablaba con Antonio — «yo no tengo en qué ocupar á vd. sino en que se esté aquí siempre.»

Y con expresión apasionada llevó ambas manos á su corazón. Después quedó triste, pensativa, inquieta.

Se quedó pensando en qué acaso amaba á Antonio y no le conocia bien.

Y recordó perfectamente la confianza que Piedad le habia hecho.

— «Si Antonio quisiera hacerse amable á mis ojos— concluyó— yo sabría amarle con todo mi corazón!.....»

«Piedad— siguió pensando Eugenia— lo ha enseñado á que cuando no se tiene dinero no se debe tener amor.....»

«O tal vez D. Martín.....»

«O acaso Máximo.....»

«¡Santo Dios!.... ¡Y me han echado á perder esta alma!....»

«Me será preciso empezar á formarla de nuevo.....»

«Trabajo largo, pero no por cierto dificultad superior á mi cariño.»

«¡Pobrecillo!..... Que me hable algo, lo sabré comprender, le diré:

— «¡Sí! hijo mío!

«Y será mi hijo Antonio, pues que le daré á luz nuevamente.»

«Esta obra es prolongada y laboriosa.»

«Tendré que criar de nuevo á este espíritu, tan cobardemente abandonado por Piedad.»

«Daré una mano á este huérfano.....»

«¡Qué tristeza!.....»

«Tener que aceptar para esto los principios.....»

«Coquetearle un poquillo, hacerle comprender que mis ojos tienen brillo y mis piés son diminutos!.....»

«Pero en fin, le quiero, y es preciso.....»

CXX.

Como hemos indicado á nuestros lectores, mientras Antonio jugaba y ganaba, Máximo habia salido del elegante garito en donde se hallaba el monte en todo su esplendor.

Se dirigió violentamente á la casa de Chucha, y la hizo llamar por la casera.

Máximo era una infamia discreta.

Salió la jóven al patio en un *deshabillé* que nada tenia de encantador.

— ¿Qué se te ofrece? — le preguntó á Máximo al verle en una notable agitacion, lo cual era raro en el jóven, habitual y cínicamente cachazudo.

— Oyeme, Chucha— le dijo; — dame cuanto dinero tengas, y espérame esta noche. Te necesito.

La muchacha volvió á introducirse violentamente en su miserable habitacion, y á pocos momentos volvió á aparecer y entregó á Máximo unas cuantas piezas de oro.

— ¿Pues qué me quieres? — preguntó á su antiguo amante.

— Lo verás. No salgas, espérame, que no dilato.

Y salia casi corriendo de aquella casa, cuando cerca de la puerta se detuvo y volvió á llamar á Chucha.

— ¿Hiciste todo? — le preguntó.

— Todo.

— ¿Quedó bien hecho?

— Enteramente.

— ¿Las dos?

— Las dos.

— Hasta luego, Chucha.

— Adios, Máximo.

El jóven voló, dirémoslo así, hasta su casa, espoleado por no sabemos qué apremiante y siniestro misterio.

Algo interior ardía en aquel hombre, y las *flamas* subian desde el interior hasta el semblante.

Una vez encerrado en su cuarto, se puso á escribir varias cartas para el correo.

Máximo estaba de prisa.

En seguida escribió otras cartas que no eran para el correo.

En un momento—perdónesenos tal exageracion—en un momento quedó escrito, cerrado y sellado un *paquete*.

No le puso en el *sobre* direccion.

No habia pasado de hora y media que se habia separado de la fatal *montaña de oro* en cuya falda dejara reclinado á su amigo, cuando Máximo se hallaba de nuevo en camino para la casa de vecindad en que habitaba Chucha.

—Vístete bien, y toma; manda pedir un carruaje, y sal á despachar esto muy violento adonde te lo indicará la direccion de cada carta.

En seguida vas á esperarme al *figon* del «Niño perdido.» Allí haces preparar botellas, bizcochos, *cena*, en fin, *ya sabes*. Vé á ver de dónde consigues flores; se necesitan flores á toda costa.

No olvides ponerte lo mejor que puedas. Mucho cuidado; se necesita que estés *bonita* y que tú y *aquella* parezcan *algo*.

Que se cambie camisa el *patron*.....

Será mejor que procures que no esté allí.

No vaya á ocurrirte *cuzquear* ahora, ó vayas á dormirte.

Entre dos y tres de la mañana *estaremos* allí.

¡Cuidado!.....

Conque ya sabes..... *estearina*, flores, botellas, muchas botellas: á ver qué haces para una guitarra.

Puede ser necesario que cantes, que bailes, que te vuelvas loca, pero *en orden*. Ya me entiendes.

No te cargues tanto de colorete.

Y volvió á salir corriendo.

Al salir, precipitándose en la calle, exclamó con una expresion impregnada de amargura:

—¡Oh! esto es horrible, pero necesario!.....

Se comprenderá, pues, que Máximo consumaba algo que calificaba de necesario aunque horrible.

Si nos fuese dado adelantar el desenlace de nuestro pobre libro, *no* *era* *taria*, para explicar la conducta del jóven, recordar bruscamente su carácter, que ya hemos tantas veces indicado, y hablar al mismo tiempo á nuestros lectores de la verdadera posicion que aquel guardaba.

La intempestiva buena suerte de un hombre á quien habia considerado siempre víctima de un destino severo, habia exasperado á Máximo.

Habia dejado á Antonio al frente de un pequeño tesoro, mayor sin comparacion que lo que él habia jamas llegado á adquirir á costa de inmensos afanes y sacrificios de todo género.

Y aquel oro, el que habia dejado en poder de Antonio ganancioso, habia sido suyo, de Máximo, todavía pocos minutos antes.

El mismo que habia venido á su poder mediante los esfuerzos de la mas estoica economía, de las mayores privaciones, de los mas espantosos sacrificios.

El idealista, el loco, se veia coronado de un oro que no era el de las nubes.

Máximo, asombrado, extático, confundido, habia visto sobre la pálida faz de su amigo Antonio las huellas sonrosadas de las caricias de la fortuna, y aquel jóven sórdido habia evadido de allí y volado á hundirse entre sombras para combatir á salvo aquella improvisacion de felicidad.

Aquella felicidad que aparece no sabemos si bajo la forma de un bolsillo entreabierto que deja asomar en parte la faz amarilla de una ónza naciente, ó si bajo la de un horizonte roto y que deja asomar un sol de oro.

—Y soy yo—murmuraba despechado—yo soy quien le ha conducido á esa felicidad, á ese porvenir, á ese *todo*.

Yo he sacado á Antonio de su *muladar*, de su cieno, de su miseria, para ir á darle quieta y pacífica posesion de mi fortuna, de mi sangre, del sudor, de mi rostro!

Ahora yo seré el miserable, el pobre diablo.

Él será mi *señor*; voy á tener necesidad de *estafarlo* para vivir.....

¡Oh suerte instable y maldita!

Y él, rico esta noche, se casará mañana.

Me arrancará impunemente mis amores, me arrebatará el corazon como me ha arrebatado el dinero.

¡Oh Fortuna! Eres mujer y coqueta.

¡Eres la esperanza y el tormento, la peor, la mas efimera de las ilusiones!

Será preciso conquistarte con desdenes, será preciso lanzarte á la cara el capricho por único argumentó, como lo ha hecho Antonio.

Sí, porque es evidente; en estós momentos debe ser rico, y mañana será afortunado.

Y será capaz de complacerse en mi honda, en mi amarga desesperacion.....

Y no al talento, y no á las manías deberá su bienestar, ni tampoco al trabajo, y á la honradez, sino á la casualidad, á ese instrumento ciego que se llama un naipé, y á ese otro instrumento ciego que se llama un monarca.

¡Id en paz, virtudes!.....

Y Máximo contuvo con el reverso de un dedo, algo que bien pudo haber sido una lágrima de desesperacion.

—No es posible que esto *pase*.
Antonio ha podido merecer rudos azotes de su destino, y yo le arrebataré las flores.
Seria immoral lo contrario, y existe Dios. —

Aquel hombre, resuelto á sacrificar á su sordidez lo mas sa-

grado, pronunciaba las palabras «Dios y moralidad» con la misma franqueza que hubiera podido emplearlas el hombre mas recto y justificado.

Dios era el tribunal de apelacion de aquel hombre que veia perderse lo que hubiera estafado al mismo Dios, si con su Divina Majestad le hubiera sido posible abrir cuenta.

No hay miserable que despues de sentirse definitivamente condenado por su suerte al vil garrote de la miseria, no interponga tal recurso de indulto.

Máximo volvió á la *partida*.

Aquel remedo del infierno *flameaba* con el oro de unos cuantos y con la desesperacion de todos los mas.

Presentaba el espectáculo de una siniestra paleta en donde el mismo Dante hubiera tenido algo que tomar.

El *cliqueteo* de las onzas es el excitante *mas feroz* que puede darse para un cerebro metalizado.

Arroja el oro un flúido que excita hasta desesperar.

Aquellos hombres estaban, pues, en su mundo, y entre ellos Antonio, vertiginoso, ébrio, con el semblante descompuesto, lívido de emocion, se lanzaba imaginariamente á dar algunos paseos hasta su cielo.

Pero por una particularidad que nos abstendremos aun de suponer, Antonio creia no ver en su cielo otra cosa que fisonomías inmóviles y severas.

Y era que se permitia penetrar *chorreado* hasta aquellas mansiones de idealidad, de luz y de pureza. Con el alma sucia, manchada de mundo y de prosa, criminal, en fin, ante la immaculada diafanidad de sus ilusiones, nuestro jóven se sentia tan desconcertado ó mas de lo que se hallaba cuando en la sociedad *era visto* con su levita vieja.

Apenas descubrió á Máximo que entraba, cuando se precipitó sobre él, y asiéndole de la solapa de la levita le arrastró